

ADVIENTO: espera llena de alegría y confianza

*«Ya oigo la voz del que clama en el desierto.
Aparejad el camino del Señor; enderezad
en la soledad la senda
de nuestro Dios»
Is 40, 3.*

Por ANA MARÍA BALDRICH y RUBÉN GRAVIÉ

Se acerca la fiesta de la Navidad y con ella, el Adviento, cuatro semanas que anteceden a la Navidad, periodo de intensa preparación espiritual en una doble perspectiva: para ese gran acontecimiento, el principal de nuestra historia humana: la venida de Jesucristo a nuestro mundo para hacernos hijos de Dios en adopción; y con ello, ofrecernos la vida eterna y la de un «tiempo de espera vigilante» como una celebración de la esperanza cristiana abierta hacia el final de los tiempos cuando se produzca el *adventus* último y definitivo del Señor a nuestro mundo.

El grito del Bautista: «¡Preparad los caminos del Señor!», adquiere en el Adviento una perspectiva más amplia y existencial, que se traduce en una constante invitación a la vigilancia de nuestra manera de pensar y actuar si queremos ser verdaderos discípulos del Señor. En la medida que en la conciencia del cristiano se hace más patente sus incongruencias, más ferviente es su esperanza y más ansioso su deseo por la vuelta del Señor, ya que sólo en Él está la salvación. Sólo Él puede librarnos de nuestras propias limitaciones. Por ello la espera del Adviento y la esperanza cristiana está llena de alegría y de confianza.

En este camino de conversión que adquiere en el Adviento tonalidades más intensas, el papa Francisco nos propuso, al presidir el rezo del Ángelus en la Plaza de San Pedro, en el Vaticano, comentando el evangelio de Mateo 1, 18 -24, en diciembre del pasado año, dos modelos que nos pueden ayudar con su ejemplo en ese camino. Ellos son la Virgen María y su esposo san José.

Al respecto nos dice que María se nos presenta en el Evangelio a la luz de la profecía que anuncia que “una virgen concebirá y dará a luz un hijo”. Francisco señaló que “el evangelista Mateo reconoce que esa profecía se ha cumplido en María, la cual concibió a Jesús por medio del Espíritu Santo, sin intervención de José. El Hijo de Dios ‘viene’ en su seno para hacerse hombre y él lo acoge. De esta forma, de un modo único, Dios se acerca al ser humano tomando la carne de una mujer”. El Santo Padre explicó que “También a nosotros, de una forma diferente, Dios se nos acerca con su gracia para entrar en nuestra vida y nos ofrece el don de su Hijo”. Por lo tanto, María se convierte en ejemplo, en modelo a seguir por toda la humanidad: “Como María, que se ofreció libremente a sí misma al Señor de la historia, le ha permitido cambiar el destino de la humanidad, también nosotros, acogiendo a Jesús y tratando de seguirlo cada día, podemos cooperar a su diseño de salvación de nosotros mismos y del mundo. María se nos presenta como modelo de servicio a seguir, que nos puede ayudar

en nuestra búsqueda de Dios y en nuestro compromiso de construir la civilización del amor”.

Y continuó: “El otro protagonista del Evangelio de hoy es San José. El evangelista pone en evidencia que José por sí mismo no puede dar una explicación al evento que se producirá ante sus ojos, el embarazo de María”.

El Santo Padre destacó la figura de san José, que “frente al extraordinario evento, que ciertamente suscita en su corazón tantas preguntas, se fía totalmente de Dios y, siguiendo su invitación, no repudia a su prometida y la acoge con él. Acogiendo a María, José acoge con conocimiento y con amor a Aquel que en ella ha sido concebido por obra admirable de Dios, para quien nada es imposible. José, hombre humilde y justo, nos enseña a fiarnos siempre de Dios, a dejarnos guiar por Él con voluntaria obediencia”.

El Papa señaló que “estas dos figuras, María y José, que por primera vez han acogido a Jesús mediante la fe, nos introducen en el misterio de la Navidad. María nos ayuda a ponernos en actitud de disponibilidad para acoger al Hijo de Dios en nuestra vida concreta, en nuestra carne. José nos anima a buscar siempre la voluntad de Dios y a seguirlo con confianza plena”.

Al finalizar, Francisco recordó que “es Dios que se acerca a nosotros. ¿Le abro la puerta al Señor cuando siento una inspiración interior, cuando siento que me pide hacer alguna cosa en favor de los demás, cuando me llama a la oración? Emmanuel, Dios con nosotros, Dios que se acerca a nosotros”.

En este Adviento debemos respondernos con sinceridad estas preguntas y poner en práctica aquellos cambios que, según nuestra conciencia, entendamos oportunos para rectificar nuestro camino. El Adviento nos lleva a la Navidad. Esperemos que en la fiesta de conmemoración de este hecho tan trascendental para la humanidad, acojamos con un corazón rebosante de amor por el Hijo del Altísimo, que desciende a nuestra condición humana sin dejar su condición divina, para renovar la Alianza con Dios, «rico en misericordia» (Ef 2,4), ofreciéndonos la salvación, la vida eterna.

Pidamos que cada vez más familias celebren la Navidad en su verdadero y original sentido, que la indiferencia o la carencia de una evangelización, de la que todos somos responsables, no provoquen el rechazo al Señor que, lleno de amor por los hombres, se nos acerca, una vez más en esta Navidad para darnos paz, felicidad... vida en abundancia.

¡Provechoso Adviento y Feliz Navidad, familia!